

JOSE PRUDENCIO PADILLA

Por el Capitán de Corbeta
ENRIQUE ROMAN BAZURTO

Riohacha, con su proa al mar y atracada al río Ranchería; con su calor sofocante que quiere fundir los cuerpos y su olor a pescado y a mariscos; con el sudor honrado de sus cayuqueros y estibadores y la arena que se mete en los ojos por la brisa marina del norte, cuando sopla parejo. Allí, en el seno de un hogar humilde y pobre, nació en el año de 1.778 un niño moreno llamado José Prudencio Padilla que, con el tiempo, llegaría a ser nuestro máximo Almirante y Héroe Naval.

El ancho mar al frente, el cielo brillante casi todo el año, el crujido de jarcías, las acres voces marineras capaces de espantar alcatraces, los hombres rudos de los buques a vela, con sus rostros cubiertos de sal, hicieron de él un joven bien bragado que a los 14 años ya servía como mozo de cámara en uno de los navíos de la Marina

Real Española. Como grumete de Su Majestad el Rey de España, asistió el 21 de Octubre de 1.805 a la histórica batalla naval de Trafalgar entre las escuadras de España y Francia aliadas, contra la Inglesa del Almirante Nelson. Con la derrota de los aliados fué hecho prisionero en Inglaterra y encerrado en un pontón durante 3 años. Al firmar la paz entre los beligerantes, en 1.808, regresó a España y, por sus méritos en el mar, los Españoles lo enviaron al Nuevo Reino como contra-maestre del Arsenal de Cartagena de Indias.

El 11 de Noviembre de 1.811 la primera plaza fuerte de América, Cartagena de Indias, decide declarar su independencia de España y, Padilla el Contramaestre a la cabeza de sus vecinos del barrio Getsemaní, ofrece todo su apoyo al Presidente del nuevo Es-

tado Soberano, Don Manuel Rodríguez Torices. Este le encomienda misiones de patrullaje en la bahía y sus alrededores, las que cumple a bordo del pailebote "Ejecutivo". Más tarde, bajo las órdenes del Teniente de Navío Rafael Tono, participa en la campaña del río Magdalena que culmina con la destrucción de las naves enemigas, cuya base de aprovisionamiento era Santa Marta.

El río era muy estrecho para el hombre que ya estaba habituado al horizonte ilimitado del mar; se destinó entonces a la escuadrilla de mar republicana y fué cuando empezaron a grabarse en su mente nombres de gaviotas de guerra: el bergantín "Independiente", las goletas "Constitución" y "Valerosa Momposina", el falucho "Fogoso", las lanchas "Bombarda", "Concepción" y "Nicomina" que con velas llenas de viento participaron en algunas escaramuzas. En 1.814 tuvo su primera acción naval en Tolú, al vencer y apresarse la fragata realista "Neptuno" que, procedente de Cádiz, se dirigía a Panamá con 300 hombres, 2.000 fusiles, dotaciones y vestuarios para las guarniciones del Istmo y, a bordo, el Mariscal de Campo Don Alejandro Horé, nuevo Gobernador de Panamá; por este hecho fué ascendido a Alférez de Fragata.

El 23 de Julio de 1.815 llegó Morillo a Santa Marta; con él vino la Época del Terror. Desembarazada la Península de las huestes napoleónicas, ¿quién mejor para hacer sentir la furia de España en las colonias revueltas que el Pacificador?. Entró posteriormente a

Cartagena con 4.500 hombres de los regimientos "Victoria", "León", "Húsares", "Fernando VII", la Cuarta Brigada de Artillería con sus 48 piezas; 3.200 infantes venezolanos; 22 barcos de guerra con sus 394 bocas de fuego y 34 barcos transportes, todos con 2.000 hombres. Pero Cartagena, la Heroica, no se entregó así no más. Primero fué menester que de las murallas saliera la pestilencia de la cadaverina de sus valientes defensores, quienes hasta el último momento se alimentaron de caballos y ratas. Fué imposible más resistencia; había que iniciar el éxodo abriéndose paso a través de las líneas enemigas. Se dejaron atrás 6.000 cadáveres y otros tantos valientes que más parecían esqueletos de una danza macabra. El 6 de Diciembre comenzó el tétrico desfile. A bordo de la escuadra patriota se embarcaron 2.000 sobrevivientes y, Padilla, al mando de la goleta "Presidente" fué de los primeros en romper las líneas enemigas; logró pasar por Bocachica entre los fuegos cruzados de las baterías españolas y continuó por varios días la lucha contra el hambre y la mar embravecida por los vientos reinantes de la época, hasta llegar al destino salvador en Jamaica. Pasó luego a Haití donde Bolívar estaba organizando la expedición para libertar a Venezuela, apoyado por Alejandro Pétion y el armador y marino curazoleño Luis Brión.

Zarpó pues, a bordo de la flotilla expedicionaria, del puerto de Aquín el 20 de Marzo de 1.816, hacia costas venezolanas y su Comandante en Jefe,

Bolívar, ordenó hacer un viraje hacia la Isla de Margarita para auxiliar a su heroico defensor Juan Bautista Arismendi. En la travesía se avistaron dos buques españoles: el "Intrépido" y la goleta "Rita"; los patriotas, entonces, enarbolaron el pabellón tricolor y se adelantaron con dos cañonazos por babor, los que destruyeron al "Intrépido" y causaron la muerte a su Comandante y cuatro de sus tripulantes.

Después de levantar el bloqueo de la Isla Margarita zarpó de nuevo la flotilla con destino a Carúpano.

Ascendido Padilla a Capitán de Fragata y al mando de fuerzas sutiles hizo incursiones sobre Cumaná; participó posteriormente en la campaña del Orinoco, a órdenes del Almirante Brión, en 1.817, cuando este entró al río con 8 buques mayores y 5 flecheras para reforzar la escuadra que asediaba a Angostura. De allí sacó, en 1.818, una impresionante cicatriz en la cara causada por tremendo sablazo, enemigo, que le cruzó la frente y la mejilla y le dejó apagado el ojo izquierdo "aunque con el miraba mejor que con el alentado".

Durante la campaña de Casanare en 1.819, fué ascendido por el Libertador a Capitán de Navío. Quiere esto decir que hasta ahora ha cumplido con los requisitos de valor y pericia marinera para justificar plenamente sus ascensos en la escuela de la guerra.

En 1.820, incorporado a la escuadra de Brión, recuperó para los patriotas a Riohacha y con el General Mariano Montilla venció a Vicente Sanchez Lima en Laguna Salada; en combinación

con el General José María Carreño fué vencedor en Pueblo Viejo, la ciénaga de Santa Marta y algunos otros combates. En el mismo año de 1.820, con 650 hombres, se unió a Brión sobre Santa Marta y ocupó el bajo Magdalena tomando al abordaje el único buque que se había escapado de Tene-rife.

Posteriormente Padilla reanudó hostilidades para recuperar a Cartagena. En combinación con las fuerzas del Coronel Lara, batió en Lorica al Capitán realista Juan Cándamo en abril de 1.821, causándole numerosas bajas. Salió por el río Sinú al mar y tras arriesgada travesía por los bajos de la costa, apareció frente a la bahía de Cartagena. Por allí salió a bordo del "Presidente" cuando lo obligaron las fuerzas del Pacificador. Este recuerdo le pone de un morado pálido la cicatriz y le hace relampaguear el ojo bueno. Ahora tiene a su mando 33 buques pequeños de guerra y 10 transportes. El 14 de mayo estableció su cuartel general en Cospique y cortó las comunicaciones que tenían los españoles en Bocachica.

En la noche de San Juan, el 24 de Junio de 1.821, la flotilla realista estaba fondeada en la bahía de las Animas. Padilla entró cauteloso con sus buques pero fué sorprendido; con la celeridad del rayo destruyó al buque insignia español "Andaluz" y, tras el abordaje a las 10 unidades realistas que allí se encontraban, perecieron 200 españoles al filo de las armas blancas de los republicanos, quedando así Cartagena en poder de los patrio-

tas. Por esta decisiva actuación fué ascendido a General de Brigada y se confirmó en la dirección naval que ocupaba desde Cospique, cuando reemplazó al Almirante Brión.

Morales, "El Supremo", soñaba entretanto con restablecer el dominio español que se escapaba a pasos de gigante. Por esto ocupó a Maracaibo, tomó el Castillo de San Carlos a la entrada del lago y lanzó su decreto de guerra a muerte. En tal virtud, el General Santander, Vicepresidente encargado, tomó las medidas necesarias para la recuperación de Maracaibo y autorizó al General Mariano Montilla iniciar la campaña. Este ordenó a Padilla, el 15 de Enero de 1.823, el alistamiento de la escuadra a su mando. Ultimados los aprestos, la Armada Colombiana levó anclas, el viento hinchó los velámenes, silvaron las relingas y las escotas apenas si aguantaron los pujámenes; tanta era la fuerza que quería llevarse al combate.

El 8 de Mayo de 1.823 Padilla decidió forzar la barra para obligar a las fuerzas del Almirante español Latorde a combatir dentro del lago. El 21 de Julio la batalla era inminente y comprendiéndolo así el Almirante Colombiano, después de pasar revista a sus buques y a sus hombres, les dirigió su famosa proclama que termina: "Colombianos! morir o ser libres". En la mañana del 24 de Julio de 1.823, las dos escuadras que intervinieron en la batalla tenían la siguiente composición: Armada Real con 14 buques mayores, 15 menores y 12 embarcaciones de fuerzas sutiles; la Armada Colom-

biana con 3 bergantines 7 corbetas y 12 embarcaciones de fuerzas sutiles.

Terminada la sangrienta batalla la tragedia fué tremenda para la escuadra española: huyeron 3 goletas; capturaron los patriotas a los bergantines "San Carlos" y "General Riego" y las goletas "Mariana", "Liberal", "Guai-reña", "María", "Estrella", "María Habanera" "Cora"nombres de mujeres distantes que lloraron la derrota con sus velas al paio; 433 bajas, 68 Oficiales y 369 tripulantes prisioneros. Una pérdida irreparable de naves, de poderío, de colonias, de siglos de dominio, que consolidaron la libertad de la Gran Colombia.

"El valor, el arrojo y las acertadas disposiciones del General Padilla -dice el Dr. Restrepo- en aquel día fueron admirables y le dan un lugar distinguido en las brillantes páginas de la historia de la guerra de Independencia".

Finalizada la campaña de Independencia con el triunfo obtenido en el campo de Ayacucho el 9 de Diciembre de 1.824, entró el naciente país en una lucha política llena de odios e intrigas, como presagio del patíbulo que más tarde habría de levantarse cruel, para tronchar la vida de un héroe lleno de merecimientos.

Los días posteriores a las magnas acciones militares que nos dieron la libertad, son para el Almirante como un caldero de brujas con estos ingredientes: la envidia del General Manrique por el decreto de honores a Padilla y a sus hombres; los celos del General Montilla porque su Zamba

Jorocha, la Antillana, se fué con el Almirante; otra flor del jardín de Eros, Juanita Romero, se convirtió en piedra de escándalo y, lo peor de todo, las rencillas políticas del momento, la calumnia y la intriga acabaron de entrar en el aquelarre.

Al fin, a la fuerza, hacen terminar a Padilla como conspirador en la noche septembrina. A los cinco días de iniciada la investigación, el 1º de Octubre de 1.828, y sin haber tomado las declaraciones más indispensables, se dictó la sentencia. Dice el historiador Enrique Otero D' Costa: "fiera, tuerta, implacable, sentencia que arderá ab-eterno como un hierro, sobre la frente de quienes la dictaron y sobre la memoria de quienes, pudiendo evitarlo, miraron impasiblemente su consumación".

Al día siguiente, jueves 2 de Octubre, se cumplió en Bogotá la cruel e infame sentencia. Del cuartel de Artillería se dirigió hacia la plaza el funebre cortejo y se oyeron los tristes lamentos de las campanas de los templos vecinos. Entre las lúgubres hileras formadas por la cofradía de los hermanos de la Veracruz venía el hombre: moreno, de constitución atlética, con cuello de toro, largas patillas, pelo corto y la cicatriz en la cara que ostentaba con orgullo como su mejor condecoración al valor. Su andar era cadencioso después de tanto tiempo de esquivar el rolido y cabeceo de sus buques en el mar. Miró con desprecio y altivez a la gente agolpada en las calles. Su serenidad y arrogancia se agrandaban con el uniforme de General

de División que llevaba orgulloso. En este momento, el Almirante más grande de Colombia sabía que navegaba hacia el último puerto y que la recalcada de su muerte era injusta y extraña. A duras penas atendía las exhortaciones del religioso que lo acompañaba con el crucifijo de los agonizantes. Con Padilla iba el General Guerra con la mirada fija en la cruz que llevaba en sus manos. Padilla iba altivo, por sus venas corría todavía sangre de guerrero y no desmintió, a pesar del momento, su carácter.

Entró el funebre cortejo a la plaza y lo saludó el estridente redoble de tambores que contrastó con el lúgubre tañido de las campanas de la Catedral. Ya frente al banquillo despojaron a Guerra de insignias y condecoraciones. Cuando el Sargento encargado quizo hacer lo mismo con Padilla, este le gritó con ira: "Esas no me las dió Bolívar, sino la República". Padilla no permitió que lo vendaran mientras lo ataban al infamante poste, él siempre había visto la muerte de frente y no le temía. Segundos antes de la descarga fatal exclamó con voz de trueno que resonó en los ámbitos de la plaza:

"Viva la República! Viva la Libertad!"

Así es; pero este acto Oficial, tronchó la vida al héroe de valor legendario que en magna epopeya nos dió el mar de la libertad.

Años más tarde el Sr. Don José Ignacio de Marquez, Presidente del Cuerpo Legislativo de la Nación, rehabilitó la memoria de Padilla con de-

creto firmado en Bogotá el 9 de Noviembre de 1.831.

El Congreso de los Estados Unidos de Colombia, instalado en Bogotá en 1.881, restauró la gloria del héroe con Ley firmada por el Presidente Nuñez el 30 de Junio de 1.881. La historia por fin hizo brillar la verdad de los hechos gloriosos de nuestro gran Almirante, para ejemplo de los hombres

que confiamos en un mar "grande, respetado y libre".

Bibliografía y consultas.

- 1.—José Padilla — Victor Manuel Lopez — Editorial Renacimiento. Manizalez 1.960.
- 2.—Apuntes para la historia de la A. R.C. — CCCE. Rafael H. Grau Araujo. E.S.G. 1.968.



L. HERNANDEZ